



OBISPO AUXILIAR DE CARTAGENA

## Acción de gracias en mi ordenación episcopal

11 de mayo de 2019

Queridos hermanos, he sido “elegido por el Padre para el cuidado de su familia, por lo que he de tener siempre ante mis ojos al Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas, y no dudó en dar su vida por el rebaño”. Pedid por mí, para que en mi rostro se puedan contemplar las cualidades de las bienaventuranzas, signo de la santidad del Buen Pastor: “la pobreza, la mansedumbre, la pasión por la justicia, la misericordia del Padre, la pureza de quien pone su atención constante y únicamente en Dios, la cercanía con los afligidos y la fortaleza y el gozo en los momentos de persecución a causa de testimoniar la verdad del Evangelio”. En especial, deseo vivir una gran dedicación de “bondad y comprensión” “con los pobres, los inmigrantes y con todos los necesitados”.

Doy gracias a Dios por haberme llamado al Ministerio Episcopal, por haberme conferido hoy, a través de la Ordenación, el don del Espíritu Santo. Soy consciente de que es una “llamada valiosa y urgente a cooperar con su acción en la comunión eclesial y en la misión universal”, pero sé que “sólo cuando camine en su presencia, siendo un *hombre de Dios*, seré verdaderamente ministro de la comunión y de la esperanza para su pueblo santo”.

Agradezco al Santo Padre, el Papa Francisco, la confianza que ha depositado en mí, nombrándome Obispo auxiliar de esta Diócesis de Cartagena. El abrazo de acogida que de él recibí, el día que me presenté ante su persona en Roma, fue para mí, al igual que como para Pablo, cuando visitó a Pedro en Jerusalén, la confirmación de la “llamada de Dios a la misión apostólica” y el calor del respaldo de toda la Iglesia universal.

Sr. Nuncio, Mons. Renzo Fratini, agradezco sus palabras, y su presencia entre nosotros y su participación como uno de los obispos principales de mi ordenación, junto con el Cardenal D. Antonio Cañizares. Transmita, nuevamente, al Santo Padre mi total lealtad y fidelidad a su persona y a su Magisterio.

Sr. Cardenal, arzobispos y obispos que me acompañan, gracias por el esfuerzo que han realizado para estar hoy junto a mí, su hermano pequeño, en este momento tan importante de mi vida. Su presencia me conforta y me fortalece. Guardo con gran gozo la acogida que me dieron en la inauguración de la última Plenaria. El Ministerio que he recibido traspasa los límites de la Iglesia local, por lo que, desde estos primeros momentos, me pongo al servicio de ustedes, de todo el Colegio Episcopal, y de toda la Iglesia universal.

Me siento dichoso por haber recibido de mi Obispo diocesano, como ordenante principal, junto con ustedes, la Ordenación Episcopal. En cuya línea apostólica soy incorporado cerca de dos grandes santos a los cuales encomiendo mi Ministerio: san Pablo VI y san Pío X. Gracias D. José Manuel por acogerme junto a usted, como su auxiliar en su episcopado, por la paternidad que siempre me ha manifestado, y de una manera especial e intensa, durante estos tres meses de preparación para mi ordenación. ¡Qué feliz me siento de iniciar este camino junto a usted! Estoy convencido de que me ayudará a ser un buen servidor de “la viña del Señor”, deseo ardientemente estar a la altura de la ayuda que usted, y nuestra Diócesis, necesita.

Gracias a mi presbiterio diocesano, donde he crecido como sacerdote y donde he nacido como obispo, Dios se ha fijado en nosotros y en mi persona ha llamado a un hermano vuestro para ser Apóstol. ¡Qué orgulloso me siento de ser uno de vosotros e iniciar mi ministerio junto a vosotros! Deseo responder con toda humildad y con todas mis fuerzas al “don” que Dios nos ha concedido. Sé que cuento con la Gracia de Dios, pero estoy convencido que, también, voy a contar con vuestra fraternidad. He tenido muy presente, a lo largo de la celebración, a todos aquellos hermanos nuestros que, de una forma u otra, estáis postrados por algún tipo de sufrimiento o enfermedad. Que el Señor os bendiga y os fortalezca.

A todos los sacerdotes que habéis venido de otras diócesis a vivir este momento junto a nosotros, en especial los que servís en la formación sacerdotal en los distintos seminarios de España, ¡gracias por vuestra cercanía, por vuestro calor y vuestra oración! Pido al Buen Pastor que mande obreros a su mies, que enriquezca nuestras Iglesias con abundantes vocaciones a la vida sacerdotal y me ayude a que en mi vida siempre haya una dedicación especial para crear una cultura vocacional, donde los jóvenes encuentren las herramientas suficientes para hallar el “plan de Dios” en sus vidas.

Estas semanas han sido muy intensas para vosotros, mi familia, especialmente para ti madre. He visto en vuestras caras la alegría del paso de Dios por nuestra casa, pero también la preocupación y el temor ante la misión que se me encomienda. Gracias por vuestro amor, por el apoyo que me estáis dando y la cercanía con la que siempre habéis vivido mi vocación. Hay preguntas que no tienen respuesta, como la que me habéis hecho a lo largo de estos días: “¿Qué ha visto Dios en nuestra familia para que nos colme con un regalo tan grande?”. Ante esta realidad solo cabe la confianza y el agradecimiento. No temáis nunca ante las cosas de Dios y disfrutad del don con que nos ha bendecido, fortaleciendo vuestra fe y vuestro testimonio siempre humilde.

Estimados religiosos y religiosas, sois una gran riqueza para nuestra Iglesia diocesana y, de una forma especial, para mí. Pues, en vuestra oración he confiado y descansando mi vida. ¡Qué dicha vivir las etapas de mi ministerio sacerdotal siempre cerca de una comunidad religiosa! Contad con mi disponibilidad y mi oración.

Es sorprendente contemplar cómo Dios hace las cosas. No entendía por qué “a mí” se me llamaba para servir en la formación de los futuros sacerdotes, siendo rector de los seminarios mayor y menor. Ahora entiendo que han sido necesarios estos ocho años para prepararme y acoger con gozo y generosidad esta nueva llamada que Dios me ha hecho. Gracias queridos seminaristas, gracias queridos hijos, por el bien que me habéis hecho. La frescura de vuestro testimonio de entrega, de valentía, de nobleza, de generosidad, me ha preparado para el “fiat” ante la nueva etapa que comienzo. Estos tres meses han sido

muy intensos y junto a vosotros me he mantenido en pie, he vivido la alegría de la entrega y la fortaleza de la unidad.

Agradezco la presencia y la cercanía de todas las autoridades civiles, militares y académicas que nos acompañáis en este acontecimiento tan importante de nuestra Iglesia Católica; y de todos los que, desde los distintos puntos cardinales de nuestra Diócesis, y de fuera, os habéis desplazado para acompañarme y vivir esta celebración; y de los que a través de los distintos medios de comunicación os hacéis presentes. Sois la Iglesia, sois mi esposa, con la que hoy he sido desposado y a la que me quiero entregar plenamente. Os ruego que pidáis por mí, “para que siempre permanezca fiel en la entrega a la Esposa Santa de Dios”.

Estoy abrumado ante todos vosotros, los voluntarios y los que habéis apoyado la celebración desde el magnífico coro que habéis realizado para este evento. Desde hace semanas estáis trabajando, los unos y los otros, para que todo pueda desarrollarse en condiciones y vivamos intensamente este momento, este gran acontecimiento. Sois muchos y me consta que lo estáis viviendo con gran alegría y servicio, no a mi persona, sino para que todo sea para mayor gloria de Dios. ¡Qué gran regalo! Os felicito por vuestro trabajo, por vuestro esfuerzo, y pido a Dios que esta gran catequesis que estáis viviendo, y el esfuerzo que estáis realizado, lo colme en vuestras vidas con abundantes frutos.

A vosotros, hermanos canónigos del Ilustrísimo Cabildo Catedralicio, os agradezco vuestra cercanía y la sabiduría con la que me habéis ayudado a crecer durante estos años. Gracias, porque desde el primer instante de mi nombramiento quisisteis, e hicisteis posible, que la patrona de Murcia, la Virgen de la Fuensanta, estuviera hoy presente en esta celebración presidiendo este altar. ¡Qué gran generosidad la de todos los murcianos! Y qué gozo que nuestra Madre esté una semana más junto a nosotros.

A Ella, a su maternidad, encomiendo todo mi ministerio, pidiéndole que siempre, como Ella se dejó, me deje “iluminar por la luz de la Trinidad, siendo signo de la bondad misericordiosa del Padre, imagen viva de la caridad del Hijo, transparente hombre del Espíritu, consagrado y enviado para conducir al Pueblo de Dios por las sendas del tiempo en la peregrinación hacia la eternidad”. Amen.

+ Sebastián Chico Martínez  
Obispo auxiliar de Cartagena